

decir, europeos— entre el detenido y su interrogador, casi uno se podría imaginar dos personas tomando el té con galletitas y todo, sólo que lamentablemente el interrogado sufría algún “accidente”: el té muy caliente, las galletas muy dulces o secas, que implicaban que, si sobrevivía, tuviera varias costillas rotas, los genitales quemados, el cerebro hecho gelatina, pero, bueno, parece que hay diálogos de diálogos.



¿Conciencia humanitaria?, ¿espíritu reflexivo? Existen dos tipos de indígenas que sobrevivieron a este “diálogo” establecido hace quinientos años: unos son los que, reclutados como mano de obra en las haciendas —los de las minas murieron—, eran necesarios para la producción; los otros son quienes o estaban en lugares inaccesibles para la codicia europea o resistieron a la entrada del espíritu “civilizador” del viejo continente en sus regiones. Lo que sobrevive en lenguas y tradiciones de las personas que habitaban estas regiones antes del infausto suceso de 1492, se debe a sus luchas, a su oposición a morir, a su negativa a desaparecer como pueblos. No fue gracias a ninguna conciencia humanitaria, ni a ningún espíritu reflexivo, no fue gracias, como dice el poeta Ospina, a que nuestros mayores no renunciaron a la pluralidad de las lenguas nativas; fue la lucha indígena durante siglos, y que continúa hoy en día, la que ha permitido que sus lenguas y sociedades subsistan hoy. No fue gra-

cias a nuestros mayores ni a Europa; fue a pesar de ellos.

LEONARDO MONTENEGRO

1. Tomado de la presentación de esta edición.

## A favor del lector feliz

### Espacios para la promoción de la lectura

*Sergio Andricain*

Colección Los Cuadernos del Taller N.º 1, Taller de Talleres, Bogotá, 1999, 28 págs.

### Literatura juvenil

*Beatriz Helena Robledo*

Colección Los Cuadernos del Taller N.º 2, Taller de Talleres, Bogotá, 1999, 24 págs.

### Formación de valores desde la literatura infantil y juvenil

*Antonio Orlando Rodríguez*

Colección Los Cuadernos del Taller N.º 3, Taller de Talleres, Bogotá, 1999, 24 págs.

Cuenta Alberto Manguel, en *Una historia de la lectura* (Bogotá, Norma, 1999), que en la sociedad judía medieval “el ritual de aprender a leer se celebraba con solemnidad. Durante la fiesta de Pentecostés, en la que se conmemora la entrega a Moisés de las tablas de la Ley en el monte Sinaí, al niño que iba a ser iniciado se le cubría con un chal de oración y su padre lo llevaba al maestro. Éste sentaba al niño en su regazo y le enseñaba una pizarra en la que estaban escritos el alfabeto hebreo, un pasaje de las Escrituras y las palabras ‘¡Ojalá sea la Torá tu ocupación!’”. El maestro leía en voz alta todas las palabras y el niño las repetía. Luego se untaba con miel la pizarra y el niño la lamía, asimilando así corporalmente las palabras sagradas” (pág. 101). Esta escena del niño lamiendo la pizarra untada con miel resultará asombrosa, sobre todo para quienes hayan desarrollado alguna

sensibilidad con respecto a la experiencia de la lectura. Entendida como una metáfora, dos detalles se destacan significativamente: el carácter sagrado de las palabras y el efecto de “asimilación corpórea” de estas palabras dispuestas como un alimento. Sumamente simbólica, la imagen de un niño seducido por la miel representa a un aprendiz de lector.



Por otra parte, Ítalo Calvino, en el primer capítulo de *Si una noche de invierno un viajero* (Madrid, Siruela, 1997), escribe: “Antaño se leía de pie, ante un atril. Se estaba acostumbrado a permanecer de pie. Se descansaba así cuando se estaba cansado de montar a caballo. A caballo a nadie se le ocurría nunca leer; y sin embargo ahora la idea de leer en el arzón, el libro colocado sobre las crines del caballo, acaso colgado de las orejas del caballo mediante una guarnición especial, te parece atractiva. Con los pies en los estribos se debería de estar muy cómodo para leer; tener los pies en alto es la primera condición para disfrutar de la lectura” (pág. 12). Así comienza esta maravillosa novela que fabula sobre la lectura, una novela que se va construyendo con una persistente interpelación al lector.

Manguel y Calvino, el primero desde la perspectiva histórica, el segundo desde la literaria, nos presentan al lector en un centro en torno al cual giran la figura del maestro y el propósito escritor del novelista. Y es que en los últimos decenios no solamente los pedagogos se han dado a la tarea de indagar, compren-



der o seducir a ese complejo y muchas veces esquivo destinatario de los procesos escriturales.

Con un propósito semejante llegan a nuestras manos los tres primeros títulos de la colección Los Cuadernos del Taller, proyecto a cargo de un equipo interdisciplinario compuesto por Sergio Andricaín (sociólogo cubano), Beatriz Helena Robledo (colombiana, diplomada en literatura) y Antonio Orlando Rodríguez (periodista cubano). Según reza en cada una de las contraportadas de estos cuadernillos, que no exceden las treinta páginas, la colección estará “dedicada a difundir textos breves, de carácter informativo o reflexivo, relacionados con la formación de lectores, la promoción de la lectura, la literatura infantil y juvenil y otras temáticas afines”. La brevedad es, pues, uno de los rasgos que distinguirá a esta colección; otro, es el tema que se va a tratar: la lectura.



El cuadernillo número 1, titulado *Espacios para la promoción de la lectura*, presenta el texto de una conferencia preparada por Andricaín, socio-fundador de Taller de Talleres, para el seminario “La conceptualización de promoción de lectura”, llevado a cabo en Cali en 1996. Desde una perspectiva sociológica, el autor redefine el significado de *promoción de la lectura* como “la ejecución de un conjunto de acciones sucesivas y sistemáticas, de diversa naturaleza, encaminadas todas a despertar o fortalecer el interés por los materiales de lectura y su utilización cotidiana,

no sólo como instrumentos informativos o educacionales, sino como fuentes de entretenimiento y placer” (pág. 4). A partir de esta redefinición, Andricaín distingue las acciones que evidencian una efectiva promoción de la lectura. Dichas acciones van desde una dimensión universal, democrática, del sistema educativo (reducir o erradicar el analfabetismo y la deserción escolar; acceder a la recreación, al conocimiento y al goce estético; cultivar el gusto por la lectura; fomentar la creación y la edición; comprometer a los medios masivos de comunicación) hasta la enunciación de las tareas específicas que les corresponden al hogar, la escuela y la biblioteca, esenciales espacios para la promoción de la lectura.

Acerca del hogar concluye Andricaín que su influencia determina el comportamiento lector de cualquier individuo: “el hogar constituye el punto de partida, la estación cero” (pág. 10). Quedan, entonces, erradicadas de allí las prácticas de lectura como castigo o tortura. Ya lo había anotado bellamente Daniel Pennac: “El verbo leer no tolera el imperativo” (*Como una novela*, Bogotá, Norma, 1993, pág. 11).

Acerca de la escuela manifiesta el autor: “Pero, ¡vaya paradoja!, hablar de promover la lectura en la escuela es, hoy en día, casi un sinsentido” (pág. 12). Entre las varias causas de este mal se arguye, fundamentalmente, el equivocado sentido de la enseñanza de la lectura como mera descodificación, sin contemplar la posibilidad de la ‘construcción de significados’ a partir de experiencias próximas a los lectores. Porque todavía muchos maestros ignoran que el lector —como el autor— es una pieza clave de lo que Eco ha denominado una *estrategia textual*, esto es, un proceso a través del cual el Lector es evocado o conjurado por el Autor a partir de diversas pistas textuales que activan su perfil intelectual —aunque no solamente éste—. Esto es posible gracias a la capacidad interpretativa del ser humano: reconocer similitudes, establecer contrastes, plantear inferencias, construir hipótesis, hacer

anticipaciones, abstraer estructuras, etc. En suma, este Lector —que Eco ha calificado como Modelo o Ideal— es definido como “un conjunto de condiciones de felicidad, establecidas textualmente, que deben satisfacerse para que el contenido potencial de un texto quede plenamente actualizado” (*Lector in fábula*, Madrid, Lumen, 1993, pág. 89); es decir, descifrado, comprendido, dotado de sentido. Con ello se está afirmando que la significación de un texto no está depositada totalmente en el texto mismo sino que es reconstruida por el Lector, esa otra voz que dialoga con el Autor.



Por último, plantea Andricaín que, de la mano con la función exigida a los padres en el hogar y a los maestros en la escuela, los bibliotecarios “tienen el derecho y el deber de reivindicar la lectura voluntaria y gratificante” (pág. 22). La gratuidad es, pues, la llave maestra. Se quiere a la biblioteca como “un espacio esencialmente social y afectivo” (pág. 23), un espacio para el asombro y el descubrimiento, para la formación de buenos lectores. En este sentido, escuchemos el testimonio de un lector (y escritor) iniciado en las bibliotecas: “Con los años, y como ha sucedido con todos los niños, los *libros de verdad* me cautivaron con sus estampas de colores y los enormes caracteres con que es-



taban escritas sus historias. Después vinieron los estudios y en medio del rigor de algunas asignaturas que de inmediato me resultaron antipáticas, adquirí una profunda adicción a las tres horas del martes por la tarde que, en el lenguaje del pènsu escolar, figuraban bajo el rótulo 'Biblioteca y Humanidades'. Comencé a refugiarme con impaciencia en los libros y pronto descubrí mundos inéditos para mí, elegidos sin indicación alguna, por mi cuenta y riesgo. Descubrí, o intuí, que en los anaqueles de la biblioteca comenzaba a cobrar forma el sentido de la libertad" (Rafael Humberto Moreno-Durán, *Biblioteca: el escrutinio de la memoria*, Universidad de Antioquia, 1992).



El cuadernillo número 2 se intitula *Literatura juvenil, o una manera joven de leer literatura* y fue escrito por Beatriz Helena Robledo, directora general de Taller de Talleres. Esta vez se focaliza el problema de la lectura desde las frustrantes experiencias de los jóvenes con la literatura. La autora señala como el origen de dicha frustración el que aún muchos maestros no logran distinguir la diferencia entre el acto de leer y una verdadera experiencia lectora. En primer lugar porque, mirando retrospectivamente, tampoco estos maestros han sido "lectores felices" y, en segundo lugar, porque el sistema pedagógico del que provienen les enseñó solamente a "responder preguntas ajenas" (pág. 9). El cuadernillo termina con "Un menú de lecturas para jóvenes", cuyos criterios de selección son: temas apropiados para niños y adolescentes (*rock*, misterio, aventura, escue-

la, fantasía, ficción, familia, amistad, otras culturas), personajes atractivos y tratamientos formales que no ofrecen mayores dificultades. Platos jugosos para paladares exigentes: María Gripe, Michael Ende, Katherine Paterson, Christine Nöstlinger, Roald Dahl, entre otros.

El cuadernillo número 3, bajo la pluma de Antonio Orlando Rodríguez, director académico del equipo, pisa el resbaloso terreno de la *Formación de valores desde la literatura infantil y juvenil*. Resbaloso por lo discutible que esto puede resultar para los que consideran la literatura en su esencia puramente estética, formal. Sin embargo, pese a los puristas, hoy en día sabemos que la literatura no solamente posee un valor estético sino —sobre todo para el lector que nos ocupa— un valor semántico. Entendido que el fin último de la literatura es comunicar experiencias, Antonio Orlando Rodríguez propone entonces una lectura ética, esto es, una lectura desde un particular orden del conocimiento (otros órdenes darían pie a lecturas ideológicas, teológicas, psicoanalíticas, etc.). El criterio de comprensión lectora estaría determinado, así, por los valores que "se edifican en el ir y venir por la vida [...] resultado de encuentros y encontronazos con otras personas y con nosotros mismos, con instituciones, filosofías, modelos sociales..." (pág. 4). Sin embargo, con suficiente lucidez, el autor deja en claro que los valores y la literatura no chocan en su propuesta, pues se trata de que el lector acceda a la reflexión a partir de textos escogidos no sólo por su contenido significativo sino por su calidad estética: "Los valores no suelen aparecer explicitados en la obra y, si lo están, lo más probable es que la obra no sea literatura de mérito" (pág. 9).

El enfoque formativo de Rodríguez contribuye, en este tríptico, a perfilar una postura disidente frente a las tradicionales formas de lectura, una postura en favor del lector feliz que halla en los libros una ocasión para el goce. La figura de aquel pequeño aprendiz de lector que

lame la pizarra untada con miel o que lee colgado de las orejas del caballo, se perfila como un principio rector para estos Cuadernos del Taller. Un principio que se ajusta muy bien a aquella idea expuesta por Gabriel Zaid: "No hay receta posible. Cada lector es un mundo, cada lectura diferente. Nuevas aguas corren tras las aguas, dijo Heráclito; nadie embarca dos veces en el mismo río. Pero leer es otra forma de embarcarse: lo que pasa y corre es nuestra vida, sobre un texto inmóvil. El pasajero que desembarca es otro: ya no vuelve a leer con los mismos ojos" (*Leer poesía*, México, Cuadernos de Joaquín Mortiz, 1972, pág. 7).

PATRICIA VALENZUELA R.

## Narración lineal

### De la mula al camión.

#### Apuntes para una historia del transporte en Colombia

Jaime Salazar Montoya

Tercer Mundo Editores, Bogotá, 2000, 169 págs., ilustraciones y mapas

El trabajo *De la mula al camión. Apuntes para una historia del transporte en Colombia* hace méritos en cuanto a la pretensión de ser apuntes para... Este libro, evidentemente, está estructurado en tres bloques que, por los presupuestos e hipótesis presentados, parecen escritos por manos distintas o en momentos diferentes. La primera parte se refiere a los antecedentes en el siglo XIX y, con ello, se intenta dar salida al primer objetivo propuesto: "mostrar la relación entre los procesos de poblamiento, la conformación de las vías, el surgimiento del intercambio comercial y los servicios de transporte ofrecidos". En la segunda parte, que responde al objetivo de "situar históricamente el nacimiento del transporte como negocio" en los albores del siglo XX, el texto da cuen-